

GENARO ESTRADA
Y LOS INTELLECTUALES
DEL EXILIO ESPAÑOL

Datos nuevos sobre los orígenes
de La Casa de España en México

James Valender



EL COLEGIO DE MÉXICO

ÍNDICE

<i>Prefacio</i>	9
I. La “operación inteligencia” de Daniel Cosío Villegas	15
II. El proyecto de Genaro Estrada	27
José Moreno Villa	28
Ramón Gómez de la Serna	35
Juan Ramón Jiménez	46
Pedro Salinas	50
Ramón Menéndez Pidal	57
Un balance provisional	69
Otras iniciativas paralelas	79
III. Correspondencia de Genaro Estrada (febrero-agosto de 1937)	87
<i>Apéndice</i>	
Dos ensayos de José Moreno Villa sobre Genaro Estrada	163
Recordando al amigo	165
El amigo Genaro	169
<i>Bibliografía</i>	173

PREFACIO

Creada en julio de 1938, La Casa de España en México fue la primera expresión concreta del deseo del gobierno del presidente Lázaro Cárdenas de dar asilo a los españoles que tuvieron que abandonar su país a causa de la guerra civil. Los principales hitos de esta historia —las propuestas iniciales de Daniel Cosío Villegas, la decisión del presidente Cárdenas de crear La Casa, la lista de los primeros invitados, la acogida extendida a los huéspedes, el papel de Alfonso Reyes como presidente de la institución, las normas y la organización de La Casa, las labores realizadas por los miembros, las polémicas que surgieron a raíz de esta iniciativa y, finalmente, después de apenas dos años de vida, la transformación de La Casa de España en El Colegio de México— han sido objeto de una meticulosa y exhaustiva investigación por parte de los profesores Clara Lida y José Antonio Matesanz.¹ En el presente trabajo quisiera ocuparme de un capítulo relativamente menor de este episodio que me parece no ha recibido toda la atención que sin duda merece y que corresponde a lo que podríamos llamar la prehistoria de La Casa de España.

En su monografía Lida y Matesanz demuestran cómo la preocupación de Cosío Villegas por la suerte de los intelectuales afectados por la guerra civil en España se remonta casi al estallido mismo de la guerra.

¹ Véase Clara Lida y José Antonio Matesanz, *La Casa de España en México*, El Colegio de México, Ciudad de México, 1988. Puede consultarse también James Valender y Gabriel Rojo (eds.), *Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las jornadas celebradas en España y México para conmemorar el septuagésimo aniversario de La Casa de España en México (1938-2008)*, Residencia de Estudiantes y El Colegio de México, Ciudad de México, 2010, y Martí Soler Vinyes, *La casa del éxodo. Los exiliados y su obra en La Casa de España y El Colegio de México*, 2ª edición, corregida y aumentada, El Colegio de México, Ciudad de México, 2015.

Citan una importante carta enviada a Francisco J. Múgica, asesor del presidente Cárdenas, el 30 de septiembre de 1936, en la que Cosío planteó por primera vez la conveniencia, para México lo mismo que para España, de rescatar a “cinco o diez de los más eminentes españoles” que habían quedado a la deriva a raíz del conflicto armado. También reproducen fragmentos de otra carta suya, del 16 de octubre de 1936, enviada a Luis Montes de Oca, director del Banco de México, en la que Cosío no sólo propone invitar “por dos o tres años a nuestra universidad” a “un puñado de españoles de primera fila”, sino que además le pide que le haga llegar esta propuesta a Cárdenas. La respuesta del presidente no fue inmediata. Sin embargo, el 29 de diciembre Montes de Oca le comunicó a Cosío que el general Cárdenas había dado su pleno respaldo a la propuesta e incluso solicitaba al mismo Cosío que pusiera en marcha el proyecto, tal y como Lida y Matesanz también documentan.²

Ahora bien, uno de los aspectos más desconcertantes de este relato es que un proyecto aprobado con entusiasmo por el presidente de la República mexicana en diciembre de 1936 no haya llegado a tener resultados concretos sino hasta veinte meses más tarde, en julio de 1938. ¿Qué pasó con esta iniciativa durante el largo lapso mencionado? ¿Por qué no fue posible comenzar el rescate mucho tiempo antes? Las explicaciones que ofrecen Lida y Matesanz resultan más que atendibles. En primer lugar, no era una tarea fácil establecer la lista de las personas a las que habría que invitar. El proyecto mismo era relativamente modesto, ya que contemplaba, en un principio, la contratación de apenas una decena de intelectuales y científicos españoles de entre los más destacados en su campo. Pero ¿quién iba a seleccionarlos y con base en qué criterios? Lo que complicaba la tarea de Cosío era la dificultad con que se topaba para ponerse en contacto con los posibles candidatos, que por otra parte no siempre querían aceptar la invitación, o en todo caso, no siempre se sentían en condiciones para viajar a México, lo cual obligaba a que la lista se rehiciera más de una vez.

² Véase Lida y Matesanz, pp. 23-29 y 37.

Con mucha razón Lida y Matesanz también mencionan el inesperado revés que sufrió Cosío cuando en abril de 1937 fue cesado en el puesto diplomático que ocupaba en la Legación de su país en Lisboa. No teniendo ya puesto oficial alguno, ¿cómo iba a representar en adelante al gobierno mexicano al entablar negociaciones con el gobierno de la República española sobre el desplazamiento a México de tal o cual intelectual español? Si agregamos a todo ello el hecho de que muchos españoles no compartían el pesimismo de Cosío (quien estaba convencido casi desde el comienzo de la guerra de que la República iba a ser derrotada) y que por lo mismo no estaban dispuestos a abandonar a la patria hasta el último momento, entonces vemos que existían, en efecto, muchos factores que explican la lentitud con que el plan de Cosío llegó a materializarse.

A fin de ejemplificar algunos de estos problemas, en lo que sigue quisiera ocuparme de los esfuerzos paralelos que, entre marzo y agosto de 1937, llevó a cabo otro mexicano preocupado por los intelectuales españoles afectados por la guerra civil. Me refiero al político, diplomático y escritor Genaro Estrada. Hay que señalar que se trataba de alguien que (tal vez) estaba todavía mejor situado que Cosío para coordinar una iniciativa como ésta. Como hombre con amplia experiencia en el mundo político mexicano (fue secretario de Relaciones Exteriores de su país entre 1930 y 1932), Estrada tenía amistad con algunos de los principales funcionarios del gobierno de Lázaro Cárdenas, cuya ayuda sería imprescindible para poder llevar a cabo su proyecto. Pienso sobre todo en el presidente del Consejo Superior de Educación e Investigaciones Científicas, Enrique Díaz de León, y en el director del Banco de México, Luis Montes de Oca.³ Por otra parte, conviene recordar que Estrada había fungido como embajador de

³ El zacatecano Enrique Díaz de León (1893-1937) había sido rector de la Universidad de Guadalajara (1925-1928); en ese momento era presidente del Consejo Nacional de la Educación Superior y de la Investigación Científica de México. Luis Montes de Oca (1894-1958) nació en la Ciudad de México. En 1924, después de una breve temporada como cónsul en Europa, ocupó el puesto de controlador general de la Nación en el gobierno de Plutarco Elías Calles. Fue secretario de Hacienda entre 1927 y 1932 y desde 1935 era director del Banco de México.

México en España entre 1932 y 1934, años durante los cuales había llegado a conocer y tratar muy de cerca a la mayor parte de los intelectuales españoles del momento.⁴ Es cierto que Cosío también había saludado a varios intelectuales durante su estancia en Madrid en 1932-1933, pero su visita fue más breve (unos seis meses) y, por lo mismo, su conocimiento del mundo literario y artístico no llegó a ser tan profundo. Todo esto, en fin, colocaba a Estrada en óptimas condiciones, primero, para ponerse en contacto con los posibles candidatos para ser rescatados, y luego, para asegurar su traslado a México.

El interés de Estrada por prestar ayuda a los intelectuales españoles no ha pasado del todo inadvertido para los historiadores. Los propios Lida y Matesanz, por ejemplo, mencionan la iniciativa que tomó Estrada en la primavera de 1937 al llevar a México al poeta y pintor José Moreno Villa, un episodio que el propio Moreno Villa hubo de recordar con profundo agradecimiento en su autobiografía *Vida en claro* (1944). Lo que no suele recordarse, en cambio, es que esta iniciativa se inscribía en un proyecto más amplio, que Estrada fue desarrollando entre febrero y agosto de 1937 y que tuvo como propósito atraer a México a cuando menos unas cuatro figuras más: el escritor Ramón Gómez de la Serna, los poetas Pedro Salinas y Juan Ramón Jiménez, y el filólogo Ramón Menéndez Pidal. Es posible que hubiera ampliado esta lista, si no fuera porque se lo impidió su prematura muerte, ocurrida en la Ciudad de México en septiembre de 1937.

Dada la importancia de estas figuras para la vida intelectual española del siglo xx, decidí documentar la historia de este proyecto de Estrada, basándome para ello en la correspondencia que el mexicano cruzara entonces con sus contemporáneos españoles. Con el fin de

⁴ Sobre este tema puede consultarse el trabajo de Serge I. Zaïtzeff, "Genaro Estrada y España", *Literatura mexicana*, vol. III, núm. 1 (1992), pp. 125-134. Véase también James Valender, "Federico García Lorca y Genaro Estrada", en Andrew A. Anderson (ed.), *América en un poeta. Los viajes de Federico García Lorca al Nuevo Mundo y la repercusión de su obra en la literatura americana*, Universidad Internacional de Andalucía / Fundación Focus-Abengoa, Sevilla, 1999, págs. 153-166; y "Genaro Estrada y los poetas del 27: notas sobre la recepción de *Paso a nivel* (1933)", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. LX, núm. 1 (2012), pp. 291-322.